

—En todas partes, D. Toribio, se cometen crímenes. No hay nación sin masones, sin impíos, sin protestantes, sin falsarios y toda clase de estrafalarios.

—Es verdad; pero si te has parado bien, amigo mío, verás que en esas naciones protestantes y cismáticas, apesar de estar separadas de nuestras creencias católicas, observan en general cierto respeto á la Divinidad que no observamos nosotros. Muchos protestantes y cismáticos si bien no respetan al representante de Jesucristo, aman á Jesucristo; y si bien no admiten el culto de las imágenes ni los sacramentos, como admitimos los católicos; en cambio respetan á la Divinidad; respetan á Dios más de lo que hacen muchos españoles.

—Según V., D. Toribio, los españoles somos más malos que los protestantes, que los cismáticos y que los mismos moros.

—Me explicaré, querido Ernesto; escucha mis razones. Entre las culpas que comete el hombre hay faltas muy especiales, que ya no son faltas, sino crímenes horrendos. Los pecados que comete el hombre pueden atacar directa ó indirectamente la majestad de Dios. Las faltas que atacan *directamente* la honra de Dios son incomparablemente más graves que las faltas que indirectamente le ofenden. Así, el faltar á la caridad con el prójimo, el robar, y aun el matar, indirectamente ofenden á Dios; pero el profanar su santísimo nombre, la blasfemia execrable, *directamente* ataca la gloria y majestad de Dios, y es el más grande de todos los pecados. Pues, si la blasfemia no es ya una falta sino un crimen horrendo, castigado antes por leyes severísimas, y estando tan extendido este crimen no solo por Cataluña, sino por toda la España, ¿quién no ve la responsabilidad inmensa que pesa sobre nuestra nación, más blasfema para mí que las naciones protestantes y cismáticas?

Es de notar que á naciones tan protestantes como la Inglaterra y la Alemania, sin excluir la cismática Rusia, Dios les da una prosperidad envidiable, una paz octaviana y una pujanza que está bien lejos de poseer la España que se precia de católica. Aparte de que cumplen mejor que nosotros el indispensable precepto de santificar el día festivo, es grande el respeto que tienen á la Divinidad, que tienen á Dios, sin que reine en ellas, como en